

fr. Min. Jara
ANT
XIX
1270/10

SERMÓN HISTÓRICO-APOLOGÉTICO

QUE EN LA SOLEMNE CONMEMORACIÓN

DEL IV CENTENARIO

DE LA

RECONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ

EN SU SANTA IGLESIA CATEDRAL METROPOLITANA

EL

Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Bermúdez de Cañas,

DEAN DE LA SANTA METROPÓLITANA Y PATRIARCAL

IGLESIA DE SEVILLA

EL 2 DE ENERO DE 1892



GRANADA

IMPRESA DE INDALECIO VENTURA

1892.

21 cmj

R.68.389



SERMÓN HISTÓRICO-APOLÓGICO

QUE EN LA SOLEMNE CONMEMORACIÓN

DEL IV CENTENARIO

DE LA

RECONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ

EN SU SANTA IGLESIA CATEDRAL METROPOLITANA

EL

Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Bermúdez de Cañas,

DEAN DE LA SANTA METROPOLITANA Y PATRIARCAL

IGLESIA DE SEVILLA

EL 2 DE ENERO DE 1892



GRANADA

IMPRESA DE INDALECIO VENTURA

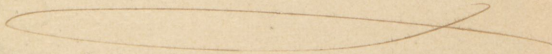
1892.

A Granada.

Acepta, Ciudad Ilustre, como testimonio de gratitud y respeto este modesto trabajo literario, expresión de las ideas y sentimientos que el recuerdo de la Reconquista de esta Ciudad Celeberrima despierta en el alma de tu siempre amante admirador

Francisco Bermúdez de Cañas.

Al Sr D. José M.^o Peña, Canónigo de
esta Catedral, eminente profesor Litúrgico,
y mantenedor firmísimo de las costumbres
Catedralicias, por palmer, recien de cari-
vosa de un año conya y canónigo
Mantra





*Consurge, consurge, induere fortitudine
tua Sion, induere vestimentis gloriæ tuæ
Jerusalem civitas sancti: quia non adjiciet
ultra, ut pertranseat per te incircuncisus
et immundus.*

Levántate, levántate, vistete de tu for-
taleza Sion, vistete de los vestidos de tu
gloria, Jerusalem, ciudad del Santo: por-
que no volverá á pasar por tí en adelante
incircunciso ni inmundo.

.. ISALE CAP. 52. V. 1.

Excmo. y Rvmo. Sr.: Sres. Excmos.:

M. N., M. L., N. G., C. y H. Ciudad de Granada:

LA HISTORIA, inmenso lienzo donde escrita la vida y desenvolvimiento del linaje humano aprendemos á conocer su dependencia de las eternas leyes del Creador infinito, considerando el Universo, sacado de la nada por su palabra, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, castigado por su justicia, librado por su misericordia y siempre sujeto á su poder como ha dicho el inmortal Bosuet.

Sin menoscabar en un ápice el noble atributo de la libertad humana, al través de esas grandes transformaciones por que ha pasado el mundo en la creación, engrandecimiento y ruina de tantos imperios y dinastías, en las luchas sangrientas que cual torrente devastador borraron civilizaciones y grandezas penosamente edificadas en larga serie de edades, fundieron razas y costumbres, y convirtieron en soledades espantosas, ciudades un dia emporio de riqueza y cultura social, descúbrese la sabiduría divina que con

próvida ordenación dirige todos los acontecimientos al fin eterno de la creación; y que tomando ocasión ú origen así de los envilecimientos, degradaciones y crímenes de los hombres, como de sus elevaciones, grandezas y virtudes morales, forma el himno augusto y solemne que canta las glorias y el poder del Verbo, por quien y para quien fueron hechas todas las cosas.

Por eso en medio de la universal inestabilidad de los sucesos humanos, entre los escombros y ruinas de tronos derruidos, de legislaciones pisoteadas, de poderes conculcados que forman el tejido de la historia, solo un hecho aparece estable en la dilatada sucesión de los siglos, cual columna granítica que desafiando la fuerza destructora de todas las pasiones conjuradas, deja ver en su altura la luz radiante, que alumbrando los grandes enigmas históricos, señala al hombre con claridad purísima el principio y el término de su camino en la vida; ese hecho es la Religión, cadena de oro en frase de Tertuliano que une la tierra al cielo; fuerza poderosa que todo lo agita y mueve en el orden social *omnia religione moventur*.

La Religión, aliento divino que lleva al hogar doméstico el destello de la paternidad que desciende de Dios y coloca el ángel de la pureza para que custodie con espada de fuego la santidad del nupcial tálamo; que da sonrisa virginal á la inocencia y colora con el carmín del pudor las mejillas de la doncella, dando á su frente la blancura de la azucena; la Religión, fuerza sobrenatural que sostiene la ley, el deber y el derecho, que rodea la frente del monarca con la aureola del poder, defensor de la justicia y la verdad, enfrena las pasiones, congrega los hombres bajo las bóvedas del templo para la oración y el sacrificio que redime el espíritu, abriendo á las miradas de un corazón lleno de esperanzas y deseos, los horizontes de una vida infinita, colmada de perennes delicias; la Religión, árbol frondoso á cuya dulce sombra nace y crece lozana

la delicada flor del amor patrio, síntesis de todos los amores, amor de la luz que alumbró primera vez nuestra pupila y calentó nuestros ateridos miembros; amor de la familia en quien se revive por la perpetuidad de la sangre y á quien se anhela dejar como herencia el suelo, el nombre, la independencia y el honor que constituye la grandeza de una raza; amor del país en que se meció nuestra cuna, del mar, de las montañas y los campos que recogieron nuestros primeros acentos; amor del idioma, de las leyes, de las costumbres en que nos formaron nuestras madres; amor del techo hospitalario en que el amigo enjugó nuestras lágrimas, amor de todas las glorias y todos los dolores, de todas las ideas y todos los sentimientos que dibujan y contornan la majestuosa figura de la Patria.

Ya comprendo por qué, solo cuando el amor patrio es fecundado y enaltecido por el aroma divino de la religión, surgen esas grandes ideas, que presiden á las grandes causas sociales. Cuando en el crisol del corazón humano se funden y combinan los amores purísimos de cuanto le fascina y seduce en la tierra, y las esperanzas dulcísimas de futuros bienes y recompensas eternas; cuando la Religión y la Patria alumbran con sus fulgores un mismo ideal sublime, entonces y solo entonces es cuando aparecen en la historia de la humanidad, esas colosales figuras ya individuales ó colectivas que han dado nombre á un siglo, dejando en pos de sí la estela esplendorosa de una civilización perfecta.

La Religión y el amor patrio hicieron surgir en la serie de los siglos esos Emperadores que se llaman Teodosio y Carlo-Magno; fundaron las grandes monarquías cristianas de occidente en la edad media; impulsaron á los valientes guerreros, que llevaron á término la obra gigantesca de las Cruzadas; enardecieron el corazón y robustecieron el brazo de Pelayo

en Covadonga para acometer la obra titánica de la reconquista de nuestro suelo; y despues de sostener vivo y palpitante el entusiasmo á través de ocho centurias, en que las victorias y los laureles se numeran por los combates, ofrecen como encarnación suprema del patriotismo religioso la regia majestad de Isabel I de Castilla, ángel, mujer, soldado, héroe, que al clavar la cruz sobre las torres de nuestra morisca Alhambra, y hacer entrega á Colón de sus ricas joyas, para que llevase triunfante esa misma cruz á través de la mar tenebrosa hasta implantarla en los feraces bosques de la virgen América, nos deja comprender á cuánto alcanza el heroísmo de un pueblo, cuando en su pecho arde puro el amor patrio y sobre su frente fulgura la llama de la Religión.

Hoy, Señores, se cumplen cuatro siglos de esa gloriosa jornada, y al evocar en mi mente el recuerdo de Eben-Hafsun y Eben-Omar; Abdalah, Mohamet, Yusuf, Muley-Hacen y Boabdil que con otros monarcas, se enseñorearon en el largo período de 781 años de este suelo llamado el paraíso español; al mirar allá en lontananza la sierra que cubre "*el sempiterno hie-lo, donde Dauro y Genil beben su vida*„, para ceñir con fajas de oro y plata los espléndidos ropajes que á la sultana de occidente ofrecían sus espesos bosques y frondosa vega matizada de flores y plantas olorosas, en la que los grandiosos alcázares, las altísimas almenas de sus muros y sus innúmeras torres resplandecían como estrellas de plata sobre un cielo de esmeralda; al recordar cómo el amor patrio y el sentimiento religioso, tras denodadas y legendarias hazañas supieron formar de toda esa grandeza y hermosura, de toda esa riqueza y poderío, trono augusto en que se asentase la Cruz, emblema de la civilización cristiana y manantial fecundo de todo engrandecimiento intelectual, moral y social; al contemplaros reunidos bajo las bóvedas de este suntuoso templo,

para protestar de vuestra fe, elevando á Dios himno eucarístico, que recuerde y proclame sus misericordias, no puedo menos de dirigiros las palabras del libro de Isaías, con que he dado comienzo á esta oración; Levántate, levántate, revístete de tu fortaleza, ¡oh España, dulce patria mía; cúbrete con los vestidos de tus glorias y grandezas, ¡oh Granada, ciudad del Santo, suelo regado con la sangre de los mártires, pueblo bendecido del Señor; llena de regocijo tu corazón, porque ya el incircunciso agareno y el inmundo heresiarca de cuyas manos arrancaste la perla de tu Alhambra para engastarla en la diadema de los Reyes Católicos, no osarán posar su planta en el sagrado recinto que custodian tus leyes, tu fe y tu amor patrio; y tu reconquista que corona los esfuerzos de cien generaciones heroicas, será para España misterioso fanal que alumbre sus destinos providenciales, en el gran desenvolvimiento de los sucesos humanos, *Consurge, etc.*

He descubierto el pensamiento bajo el cual intento estudiar esa época de nuestra historia patria, más sublime que la que dió inspiración al Cantor de la Grecia para escribir su Iliada; expresado en los términos de una proposición, dice así:

La Reconquista de Granada cuyo Centenario IV hoy celebramos, es página brillante que esmalta y corona la grandiosa epopeya de ocho siglos, y poderosa fuerza á cuyo impulso, detenido el aluvión de los errores y vicios de la edad moderna, logró España realizar sus destinos providenciales en la historia de la humanidad.

Señores, fácilmente podeis adivinar la situación embarazosa de mi alma en este instante, quizá uno de los más críticos de mi vida sacerdotal oratoria; mi pequeñez se acrecienta ante la majestad y esplendor de esta solemnidad religiosa y la ilustración y ciencia de los que bondadosos os dignais prestar oído á

mi palabra: de otra parte, el amor que como fuego inextinguible arde en mi pecho hacia la Ciudad que me ofreció hospitalario abrigo durante tantos años, despierta mi entusiasmo, acrecentado con la gratitud que reclama de justicia la honrosa distinción que me habeis otorgado, llamándome para ser hoy partícipe de vuestras alegrías patrias y fervores religiosos. Solo una idea, despues de vuestra bondad, me presta aliento para poder continuar misión tan difícil; haced que desaparezca de vuestra mirada el hombre, y escuchad solo al sacerdote que no busca otra cosa que la gloria de Dios y el enaltecimiento de su religión santa; poco importa la pequeñez del ministro, cuando está asistida de la gracia que ilustra, fortalece y conmueve las almas. Ayudadme á implorarla, llamando en nuestro favor á la purísima é inmaculada Reina de los cielos, repitiéndola con piedad humilde el himno augusto de su divina virginitad, las palabras angélicas, que con su adarga grabó Pulgar, hoy hace cuatro siglos, en la puerta de la gran Mezquita. AVE MARIA.

“Por Dios, reinan los Reyes, y los Legisladores
“ordenan en justicia. El largo encadenamiento de
“causas particulares que hacen y deshacen los impe-
“rios, depende de las órdenes secretas de la Providen-
“cia. Dios tiene desde lo más alto de los cielos las
“riendas de todos los reinos: tiene los corazones en
“su mano: ya contiene las pasiones, ya les suelta el
“freno y conmueve así todo el género humano. Quiere
“hacer conquistadores? hace marchar delante de ellos
“el terror, é infúndeles, como también á sus soldados,
“una audacia invencible. Quiere hacer legisladores?
“envíales su espíritu de sabiduría y de previsión; há-
“celes prevenir los males que amenazan á los estados

“y poner los fundamentos de la tranquilidad pública. “Ningún poder humano hay que no sirva á su pesar “á otros designios que los suyos; solo Dios que preside á todos los tiempos y gobierna todos los consejos, sabe reducirlo todo á su voluntad.” Así se expresaba el inmortal Bosuet, estableciendo la sólida base sobre que descansa la Filosofía de la historia (1).

Cual la luz de la creación dejó comprender al hombre las armonías y bellezas, las relaciones y dependencias que ligan entre sí los seres arrancados á la nada por la mano omnipotente, así la luz de la Religión alumbra con sus resplandores el vastísimo campo en que se desenvuelven y giran las acciones libres de la humanidad, concurriendo á establecer y dilatar el reinado social del Verbo, á quien fueron dadas las gentes en herencia y señalados los confines del orbe como límites de su imperio. Y esta ley inmutable que preside á todas las generaciones que se suceden desde la tierra paradisiaca hasta las llanuras del Sennahar, y desde Babel hasta la grande y poderosa unidad romana, como acento profético de un día venturoso de universal paz, y que transformada en realidad viviente se difunde y compenetra toda la civilización y cultura de las edades cristianas, adquiere mayor importancia y brillantez cuando se la estudia en su influencia sobre la vida y los destinos de nuestra grandiosa patria. Las sociedades como los individuos tienen su vida propia, su constitución orgánica peculiar, su marcada fisonomía; y España presenta razgos característicos sin los cuales no es posible ni bosquejar su gigantesca figura.

De carácter altivo é independiente, de espíritu guerrero inquebrantable, llena de amor patrio hasta convertir á Sagunto en inmensa pira cuyas rojizas llamas escribiesen en el espacio el heroísmo de sus

(1) Discurso sobre la Historia Universal.

défensores; noble y caballeresca hasta la sublimidad legendaria, ha tenido como ideal grandioso que inspi-rase sus inmortales hazañas; cual calor divino que penetrando en su corazón, diese colorido y esmalte á sus nobles empresas, la fuerza poderosa del elemento religioso, á cuya luz se alumbran y se agrandan todas las escenas de nuestra vida social, y sin la cual sería un enigma indescifrable, nuestra preclara historia.

Desde que la región hespérica, cuna nobilísima de Sénecas y Lucanos, Marciales y Columelas escucha la palabra divina que descendida del cielo venía á redimir todos los infortunios, destruir todas las tiranías, sancionar todos los derechos, purificar todas las almas y romper la pesada losa de crímenes y vicios, de errores y delirios con que el paganismo había oprimido la conciencia humana; desde que en las risueñas márgenes del Ebro aparece al Hijo del trueno la virginal rosa de Nazaret, la inmaculada Madre de Dios, revelándole ser el suelo ibérico el jardín de sus delicias, el centro de sus amorés y el trono de sus misericordias; desde que esas Sagradas Cuevas del Sacro-Monte Ilipulitano que guarda como preciado tesoro Granada, dieron asilo al Apostol de las Españas y Cecilio y sus siete discípulos derramaron en ellas su sangre, cual fecundo gérmen de las virtudes, que como vegetación exuberante hermo-searían el país iliberitano la Religión aparece de tal modo encarnada en nuestras costumbres, en nuestras leyes, en nuestras instituciones, en nuestra literatura y nuestras artes; en tal modo forma parte substancial de nuestro ser social, que bien puede asegurarse ser ella el principal elemento que elevó á España al rango y jerarquía que la distingue entre las naciones civilizadas de Europa.

El edicto de Milán, dado por Constantino fué para la España, como para el mundo sometido á su cetro, la aurora de una nueva era en que saliendo de la os-

curidad de las catacumbas, como doradas mieses que produce fértil campo, los adoradores de la idea cristiana, llevasen la influencia de su moral y su dogma á todas las esferas del pensamiento, oponiendo á la sensualidad y materialismo pagano, el espiritualismo y santidad de la verdad católica; y á los Pontífices, sacerdotes y flámines, augures y aurúspices que velaban en torno del fuego de Vesta, del Templo de Jano Bifronte ó del altar de la Victoria, el sacerdocio immaculado según el orden de Melquisedec que ofrece la víctima divina desde el nacimiento del sol, hasta su ocaso.

¡Qué brillante es para España esa página que abraza cuatro centurias, en que el paganismo saturado de placeres, ébrio con la locura de sus impúdicas orgías, se agita con el furor de hambrienta fiera, y hiere, desgarrar y despedaza la carne de los adoradores del Cristo, hasta mirar ahogados su poderío y gloria en el charco de sangre inocente, que vertió su furor satánico! Resplandecen en ella como labrados brillantes y encendidos rubíes, que preparan el cimiento religioso sobre que se edifique la nacionalidad española Torcuato, Indalecio, Ctesifón, Eufrasio, Cecilio, Hesiquio y Segundo, en la región de la Bética: Geroncio ilustra la Itálica: Honesto y Saturnino, Pamplona: Eugenio la inmortal Toledo: Fermín, Tolosa de Aquitania: Fructuoso y sus diáconos, Tarragona: Justa y Rufina, Sevilla: mientras Zaragoza y Mérida, León, Córdoba y Compluto, recogen los laureles de los inúmeros mártires cuyas virtudes y heroísmo cantó el Horacio español Prudencio en admirables inspirados versos, dejando ver cómo la Fe Católica se arraigaba en el corazón de los españoles, para formar sus costumbres y vida, desde la Laletania á Celtiberia, desde Celtiberia á Lusitania.

¡Cuán maravillosas debieron ser para la sociedad española, las consecuencias derivadas de los Conci-

lios celebrados en Iliberis, Zaragoza y Toledo para cortar en su origen el gérmen de las herejías que pretendieron empañar la pureza del dogma católico! ¡qué noble y hermosa aparece al lado de Constantino, la figura del grande español Osio Obispo de Córdoba, á cuya sábia y prudente inspiración debió España las leyes dictadas por aquel Soberano, para facilitar la emancipación de los esclavos, demostrando la acción humanitaria y civilizadora del Cristianismo!

¡Ah! recordad, Señores, los nombres de Paciano y Flavio Destro, orador correcto y castizo el primero, y cuyos escritos rebosan piedad; docto en la historia el segundo, que escribió en estilo elegante; Olimpío, Ripario y Desiderio, Teólogos elocuentes; Juvenco, poeta que en sencillo pero castizo lenguaje narra la historia evangélica; Orosio, que con su pluma deshace las imputaciones con que el moribundo paganismo calumniaba á la Religión; y S. Dámaso, que en medio de la abrumadora carga que le ofrece el Pontificado, canta con elevación y elegancia, según S. Jerónimo, las bellezas de la virtud; y Draconio con su poema de Deo é Idacio con su Cronicón educando moralmente al pueblo, y comprendereis cómo el elemento religioso invadiendo la literatura y la ciencia, empujaba el progreso y la cultura de nuestra nación, llamada por su agricultura, su comercio y su industria á influir de modo evidente en el desarrollo de la idea católica en el Universo.

Con razón ha dicho uno de nuestros más notables historiadores (1), que entre todas las naciones del mundo, que encerraba en sus dominios el Imperio Romano, ninguna podrá presentar una historia tan llena de glorias, como la nación española. Ella engendra Cónsules como los Cornelios Balbo; Emperadores como Adriano y Teodosio; Maestros de la elocuencia

(1) Masden (171 último del Tomo VIII).

como Marco-Porcio-Latrón; Astrónomos como Lucio, Séneca y Lucano; Geógrafos como Pomponio-Mela; Obispos como el gran Osio; Pontífices como S. Dámaso.

Mas ¡ah! Roma había llenado sus destinos providenciales en la historia. Gigante soberbio que había aprisionado entre sus férreos brazos al Universo; pero falto de la unidad y cohesión que dan las doctrinas religiosas, durmió el sueño de los placeres, haciendo lujosa ostentación de la sensualidad más refinada, del servilismo más odioso y la tiranía más cruel; de la corrupción en suma más espantosa de las costumbres, cuando el dedo de Dios empujó de la Escitia y la Tartaria, de las orillas del Rhin y del Danubio horrorosa avalancha de bárbaras tribus, que al arrojar en tierra al golpe de sus pesadas mazas la diadema que ornaba las sienes de los Césares y romperla en cien pedazos, vieron surgir al contacto del espíritu cristiano, de sus brillantes piedras esparcidas, las grandes nacionalidades de la edad media.

Dios saca el bien del mal, haciendo al hombre servir á los inescrutables secretos de su providencia; y mientras purifica y castiga con el fuego de las revoluciones y luchas sociales, las injusticias y crímenes que cometieron los pueblos, abre á su mirada nuevos horizontes donde logren realizar la ley histórica de progreso que preside á la humanidad.

El fuego, el hambre, el pillaje, la epidemia y el asesinato que como aterradora huella dejaron en pos de sí Vándalos, Alanos, Suevos y Silingos al penetrar en nuestro suelo, vinieron (dice un historiador) (1) á purificar las maldades de la civilización Hispano-Romana, y las fieras mismas cebadas en carnes de hombres secundaron al cuchillo de las hordas septentrionales.

(1) Lafuente. Historia Eclesiástica de España, Tomo I, pág. 121.



Mas el león español enervado durante la paz, sacudió su sueño al sentirse herido en sus dos más nobles fibras, el amor patrio y el sentimiento religioso; en las montañas y en los desfiladeros que se extienden desde Tarragona por las márgenes del Ebro hasta Aragón, Navarra y Castilla, resonó el grito de guerra con que la sangre celtíbera proclamaba su independencia; numerosas vidas arrancadas por el fanatismo y furor arriano, fueron preciosas víctimas ofrecidas en holocausto á la verdad católica; entre el fragor de los combates y la agitación turbulenta de aquella época de elaboración difícil, la Iglesia del Crucificado martirizada por la espada de los bárbaros, lleva su espíritu de mansedumbre y caridad al corazón de los vencedores; funde en sus almas el principio del individualismo germánico con la idea grandiosa de unidad recibida de la civilización romana, y al soplo vivificador de su aliento divino, hace surgir la grande Monarquía Visigoda, la primera nacionalidad verdadera española, que se inicia en Eurico, llamado por algunos primer monarca godo de España, se afirma más en su hijo Alarico, que dió á revisar á los Obispos católicos el Código compilado por el Conde Goyerico, como testimonio de su respeto; mientras Ataulfo, penetrando con los visigodos en Barcelona en 416, sucumbe al golpe del puñal asesino, quedando á Walia la gloria de crear un imperio gótico, que engrandece en 570 Leovigildo conquistando el reino suevo y dominando á los Vascones.

Monarca vigoroso y enérgico, hábil capitán y entendido político (1) solo hubiese merecido Leovigildo elogios de la historia, si su furor arriano no le hubiese llevado á manchar sus manos con la sangre de su hijo el gran mártir S. Hermenegildo sacrificado en odio á la verdad católica.

(1) España Lledó.

¡Ah! esa sangre fué el oloroso incienso que penetrando como oración mística en los cielos, inclinó la piedad divina para otorgar al amor patrio y al sentimiento religioso de los españoles uno de los más brillantes lauros, que inmortalizan su historia.

Sesenta y tres Obispos y seis Vicarios de las provincias españolas y de la Narbonense reunidos en el tercer Concilio Toledano, para recibir al preclaro Recaredo, acompañado de su Esposa y Corte, seguido de los Obispos y Clérigos hasta entonces arrianos, la profesión solemne de la Fe católica, y la adjuración de sus errores; el piadoso S. Leandro explicando con sentida elocuencia la trascendencia y magnitud de aquel acontecimiento, y dando gracias á Dios porque consolaba á su Iglesia dilatando los muros de la casa de Jacob, y congregando á los dispersos de Israel en un solo corazón y una sola alma; vencedores y vencidos formando un solo pueblo que escribe en su bandera la unidad religiosa como lema de sus futuras grandezas..... Yo, Sres., no tengo pinceles bastante delicados, ni colores tan vivos y suaves cual se necesitan para bosquejar ese grandioso cuadro de la civilización católica; solo sí diré, que esa unidad religiosa fué la que con el amor, la persuasión y la ciencia suavizó y moralizó la ruda, selvática y grosera organización de las tribus visigodas; que ella fué claro fanal que alumbró durante la edad media los engrandecimientos de nuestra Monarquía; preciado tesoro, como dice un pensador profundo de nuestro siglo (1) no quebrantado por Elipando y Hostegesis, ni por los secuaces del Panteísmo oriental en el siglo XII, ni por los Albigenses y Waldenses, ni por Pedro de Osma, ni por el Protestantismo del siglo XVI que puso en conmoción á Europa, ni por los Alumbrados y Moli-nistas, ni por el Jansenismo, ni por la impiedad de la

(1) Menendez Pelayo.—Heterodoxos Españoles.

centuria pasada..... unidad oprimida hoy y menoscabada bajo el peso de las exigencias diplomáticas y de las conveniencias políticas y sin la cual no tornará España á aquellos felices días en que dictaba leyes al mundo, siendo respetada de todos los poderes.

Esa unidad religiosa hizo que España, mientras densa nube de ignorancia envolvía á Europa y la cultura intelectual atesorada en seis siglos, yacía sepultada entre los escombros de las instituciones demolidas por los bárbaros, fundase para asilo de la ciencia seminarios y escuelas en que se acopiaban los restos del saber humano salvados del fuego devorador de los Atilas y Gensericos, creando bibliotecas riquísimas como la del Convento de S. Lorenzo, la de S. Isidoro y la del Monasterio Servitano.

Esa unidad religiosa produjo figuras tan interesantes en la virtud y en la ciencia como los santos Fulgencio, Leandro é Isidoro, el autor de las Etimologías, del libro de Natura rerum, del Cronicón y la historia de los godos; inspiró á Juan de Valclara, Maussona, Liciniano de Cartagena, Severo de Málaga, Donato, Eutropio y Conancio en su evangélica y civilizadora misión; dió á la Iglesia de Zaragoza á Máximo el historiador, y Tajón Samuel, que copió los libros morales de S. Gregorio; ilustró la silla de Toledo con los santos Eugenio, Ildefonso y Julián teólogos, historiadores y poetas; presidió las respetables é ilustres asambleas de los Concilios Toledanos, donde se incubó el gérmen de moral y justicia que informa ese grandioso Código del Fuero-Juzgo, monumento de profunda sabiduría, que al establecer la igualdad jurídica entre dos pueblos de tan diverso origen, revela la acción de la caridad católica luchando incansable para congregar á todos los hombres, en la gran familia cuyo padre es Dios y cuya Patria es la gloria.

¡Ah! ¿Quién pudo derrumbar en un solo día una Monarquía de tres siglos, cuya caída, dolor y abatimiento

comparaba cinco siglos después el Rey Sabio en lúgubres endechas, con la de Babilonia en presencia de Ciro y de Dario, de Roma sitiada por Alarico y Genserico, de Jerusalém talada por Tito y Vespasiano y de Cartago quemada por Escipión?

La justicia eleva á las naciones, la impiedad, el pecado hace miserables á los pueblos, ha dicho la divina Sabiduría. El hábito monacal con que la astucia y la ambición vistieron al anciano Rey Wamba, fué dice un historiador (1) el sudario con que bajaron al sepulcro el vigor, la probidad y los restos del saber godo-español.

Cual la rojiza y parda nube avanzando en el espacio hasta cubrir el horizonte entre horrísonos truenos y centelleantes fulgores, presagia los estragos que poco despues inundan dilatada comarca, así la inmoralidad más destructora invadiendo desde el trono hasta la choza del mendigo, había sembrado en aquella sociedad la debilidad é hipocresía en los magnates, la rebeldía y traición en la alta jerarquía eclesiástica, el orgullo y la ignorancia en el monacato y el pueblo, el desenfreno de las pasiones en todas las clases sociales. ¡Inescrutables designios de la Providencia!

Los hijos del Corán, después de llevar victoriosos sus pendones por la Persia, la Siria y el Egipto, dueños de la Mauritania, habían detenido su triunfal marcha ante las olas del mar que los separaban de España.

Desde su palacio de Tánger, quizá Muza había meditado muchas veces el tiempo y el espacio necesarios para salvar la barrera que contenía su ambición conquistadora, y soñado con someter á su alfanje aquella tierra fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegíaz en sus frutos, al

(1) Lafuente, Historiador Ecl. de España.

Catay en la producción de metales preciosos, á Adena en la fertilidad de sus costas (1).

La justicia divina había preparado el poder árabe, para que como lava abrasadora de ardiente volcán, pasase sobre la civilización hispano-goda, castigando sus delitos, sus infidelidades y corrupciones: mas á la vez hizo que el estruendo producido por los veloces corceles del desierto al pisar las playas españolas, el fragor de la pelea, los gritos desgarradores de las víctimas y la sangre que enrojeció las aguas y las márgenes del Guadalete, despertaran en el pueblo español los dos enérgicos sentimientos que como vértices de diamante sostienen el desenvolvimiento de su vida social, religión y amor patrio; y mientras se desplomaba el trono de Ataulfo y Recaredo, y Rodrigo caía herido por la lanza de Tarif en lo más rudo de la pelea, entre las breñas asturianas rugía fiero el León español, jurando por su Dios y por su Patria, llevar triunfante la Cruz, hasta abatir el último de los estandartes del vencedor africano.

De la gruta de Covadonga había de salir (2) un poder nuevo, que luchando con otro pueblo gigante había de ser el fundador de un Estado que dominara dos mundos. Pelayo covijado en la caverna de Covadonga semeja á la semilla desprendida de un árbol viejo, cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso, ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo otro árbol más lozano, robusto y vigoroso que el que le había engendrado y cuyas ramas se han de extender por todo el Universo.

Ocho siglos separan á Covadonga del amurallado recinto de la morisca Alhambra, y paréceme que las corrientes del Deva, cayendo precipitadas por entre

(1) Conde, *Dominación de los Arabes en España*, pág. 17, cap. VIII.

(2) Lafuente.—*Historiador de España*.

cortadas rocas, cantaban en sus murmurios y enviaban á las cristalinas aguas del Dauro para que en sus mansas ondulaciones llevasen al corazón del oprimido pueblo granadino, esas frases de la escritura santa que sirven de tema á mi discurso: Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza Sión, etc.

Ocho siglos en que á lo maravilloso se auna lo sublime y brota espontáneamente lo heróico, y las victorias se numeran por los combates y los laureles apiñados forman pirámide tan elevada que descansando sobre ellos la Religión del Crucificado irradia su luz á todo el Universo, y dice á las generaciones atónitas al contemplar tanta grandeza, yo soy la fuerza, yo soy la vida, yo soy el númen que ha impulsado y llevado á feliz término la obra grandiosa de la reconquista de España.

Señores: No me es dado estudiar todas las páginas de esa sublime epopeya; el tiempo no se detiene, y estoy cansando vuestra bondad; mas no puedo renunciar á señalaros algunas de las interesantes figuras que se destacan en ese inmenso lienzo, para que á la luz de sus virtudes y heroismo comprendais cómo España ha vivido siempre de la Fe católica, venero fecundo de todas sus inmortales proezas.

Mirad las tropas libertadoras de la Fe acaudilladas por el valeroso Alfonso I el Católico llevar victoriosos sus estandartes desde el Occéano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos Góticos; estudiad la solicitud con que después de la victoria se consagra á restaurar los templos católicos, á erigir y dotar nuevas iglesias, á procurar á Dios el honor y la gloria que le son debidas: aparece después Alfonso II el Casto que lleva triunfante dos veces el lábaro de la Fe, hasta los muros de Lisboa; convierte en gran Basílica Episcopal la iglesia del Salvador de Oviedo, y adora en ella la Cruz de los Ángeles, for-

mada de planchas de oro y riquísimas piedras, ofrenda piadosa que hace al Altísimo, edificando á la vez suntuoso templo en el Campus Apostoli (Compostela) que guarde el preciado tesoro del Cuerpo del Santo Apóstol Santiago, centro á donde acudirán á fortalecer su fe, todas las generaciones que lentamente pero con inquebrantable constancia trabajarán para formar la grande unidad religiosa y política de España.

Destácanse en ese gran lienzo de la historia como piedras miliarias que marcan el derrotero de la civilización católica, Ramiro I, haciendo morder la tierra al fiero hijo del Islan, en los campos de León; Alfonso V, humillando el Corán ante la Cruz en los campos de Calatañazor; Alfonso VI, ofreciendo á la Virgen de la Almudena los laureles alcanzados en la toma de Toledo; Alfonso VIII, seguido de los Reyes de Aragón y de Navarra, escribiendo con su invencible espada entre las ásperas breñas de Sierra Morena, esa página sublime de la jornada y batalla de las Navas, bendecida por el Pontífice Inocencio III, y en que Obispos nobles y cruzados, infantes y caballeros buscaron en el divino pan eucarístico, en las comunicaciones dulcísimas de la gracia celestial, esa fortaleza heroica que patentiza, que no en la multitud de los combatientes, sino del cielo es la victoria que corona la causa de la justicia.

Señores: Doscientos ochenta años nos separan aun en el estudio histórico-crítico que venimos haciendo, del glorioso dia cuyo IV Centenario celebran hoy alborozadas nuestras almas. Yo tengo que renunciar á deciros hermosas páginas de ese libro de oro que encierra las proezas y heroismos de cien generaciones creyentes, que lucharon sin tregua ni descanso para abatir el orgullo de los fanáticos hijos del Profeta; una sola figura bastará por su Majestad augusta, su grandeza sublime, por los esplendores de gloria y santidad que la circundan, para alumbrar la série de



esas edades y dejarnos comprender la importancia que la Religión y el amor patrio tuvieron en la obra de la Reconquista; es la preclara figura de Fernando III de Castilla, del noble caballero, del guerrero esforzado, del Santo á quien rendimos los homenajes de nuestro amor y veneración.

Desde que fué jurado Rey en las Córtes de Valladolid y el Obispo D. Mauricio bendice su espada y le arma caballero, hasta que se apodera de la opulenta hija del Bétis, de la celebrada Sevilla, no se qué realza más su trono; si la prudencia, caridad y justicia con que gobierna sus estados, ó el ardor bélico con que cual ángel exterminador siembra el terror y la muerte en los campos agarenos. Las suntuosas Catedrales de Burgos, Toledo y Jaen por él edificadas, son vastos poemas en piedra, con que su alma apasionada canta las glorias de la Fe Católica; al impulso de su invencible brazo, la Cruz se ostenta en los alminares de la grande Aljama, de la rival de Damasco, de la deliciosa Córdoba; y recibiendo de Abul Hasán las llaves que franqueaban la entrada en el vergel de la España occidental, tras empeñada y formidable lucha, penetra en el recinto de la codiciada Sevilla á la cabeza de los grandes y magnates de su corte, desplegados al viento los estandartes, rodeado de ilustres Prelados y Próceres, para colocar en la Mezquita purificada por el Arzobispo de Toledo D. Gutiérrez, la Imágen adorada de la Santísima Virgen de los Reyes, centro de los más puros amores de su corazón y misterioso fanal que alumbró todas sus grandes y civilizadoras empresas.

Si agregais á ese cuadro y como complemento de la acción fecunda que impulsa el desarrollo social de esa edad media, la colosal figura de Jaime I de Aragón posesionándose de las Baleares con su formidable armada, y sometiendo á su cetro todo el reino de Valencia, jardín de la España oriental; si le contemplais

Legislador como el monarca castellano, como el amante de las letras y los sabios, escritor é historiador él mismo; devoto y piadoso hasta asegurarse que erigió ó reedificó durante su reinado dos mil templos; intrépido y animoso hasta ser el navegante más imperturbable y el soldado más audaz de Aragón y Cataluña; si asociáis la acción de esos dos grandes genios nacidos y educados al abrigo del sentimiento religioso y del amor patrio, ya comprendereis cómo ha desaparecido el poder de los Omniadas, Almoravides y Almohades; y el drama que se inauguró en Covadonga, que realizó el tránsito de nuestra infancia á la virilidad en la toma de Toledo, y que en Sevilla marcó la transición á la edad de la madurez, pronto hallará su desenlace en el recinto de la monumental Granada, demostrando España que cumplió la misión á que la destinó la Providencia con relación á la vida universal de la humanidad; que para las instituciones y las sociedades, los siglos son breves años, y á veces fugaces días en orden á las grandes transformaciones obradas en ellas.

No importa que Abul-Hasán vengando la muerte de su hijo derrote la escuadra castellana delante de Gibraltar, donde el Almirante Jofré asido al estandarte Real dió su vida en aras del pundonor más glorioso y patriótico; poco después los campos de Tarifa y Algeciras quedaban cubiertos de cadáveres de moros, y el Salado no parecía ya rio de agua, sino de sangre con que el Onceno lavaba la afrenta hecha á las armas castellanas. Dios había marcado la última hora de su reinado á la estirpe de Abderramán, Alhaken y Mohamet.

Corría, Señores, el año de gracia de 1469, y el día 12 de Octubre, la Religión derramaba el perfume de sus celestiales bendiciones sobre dos almas, que unidas con vínculo de amor eterno, parecían destinadas por la Providencia, para reunir las dos grandes Mo-

narquías aragonesa y castellana, dando gloriosa cima en su reinado á la ansiada unidad é independencia española. Y cuando poco después, el 21 de Diciembre de 1474 la voz del heraldo resonando en la anchurosa plaza de la Ciudad de Segovia, proclamaba: "Castilla, Castilla por el Rey D. Fernando y la Reina D.^a Isabel, reina propietaria de estos reinos, y las campanas de los templos y la artillería del Alcázar mezclaban su estruendo con los gritos de la alborozada muchedumbre, que victoreaba á la nueva Reina de León y Castilla, el eco de ese triunfo debió resonar en la Alhambra granadina, despertando al árabe Monarca que dormía sueño de voluptuosos placeres, en aquel edén de flores y perfumes, cual si escuchase voz fatídica que le anunciaba la hora postrera de su abasallador poderío.

En vano el altivo Muley-Hacen contestaba arrogante al Comendador de Santiago D. Juan de Vera: "*Id y decid á vuestros Soberanos que ya murieron los Reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos; y que en Granada no se labra ya oro, sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos;*" el valeroso D. Fernando exclamaba en su noble ardimiento: "*Yo arrancaré los granos á esa Granada, uno á uno;*" y aun que la discreta é inteligente Isabel I su esposa calmaba sus impacencias, no ansiaba menos ver llegado el instante en que abatida la última fortaleza en que se atrincheraba el poder de la media luna, la cruz de J. C. triunfase victoriosa sobre los alminares de la torre de la Vela.

La destructora espada de ese invicto y esforzado Monarca, arrancaba gloriosos laureles en los campos de Toro, humillando la altivez de D. Alfonso V el africano; viendo al intrépido Pedro Vaca de Sotomayor arrebatarse al valiente Almeida tras horrible lucha el pendón de las quinas portuguesas. El pérfido Muley sorprendiendo el dulce sueño de la Villa de Zahara,

había enrojecido traidoramente sus calles con noble sangre cristiana; y los Católicos Reyes no pudieron contener un día más sus levantados y dignos anhelos para reconquistar el reino granadino.

Señores: Yo no puedo contaros sus victorias, describiros sus proezas y renombradas hazañas; ni deciros los nombres de los nobilísimos guerreros, que en cien y cien combates derramaron su sangre en defensa de la Fé y de la Patria. Alhama tomada por asalto por el invicto Marqués de Cádiz, D. Rodrigo Ponce de León, Ortega de Prado y Diego de Merlo; Coin y Cártama rendidas á las armas cristianas, mientras el alférez Fajardo colocaba la Cruz sobre la cúpula de la Mezquita Mayor de la vencida Ronda; Cambil y Alhabar en que se distingue Ramirez de Madrid; Loja, Íllora, Vélez y Málaga, en cuya toma sucumbe el piadoso D. Rodrigo de Girón, gran Maestre de Calatrava y en que brillan por su arrojo y entusiasmo bélico, los Velascos, Medinaceli, Tendilla, Cabra y Ureña, Gonzalo de Córdoba, Alarcón y Fonseca; Baza, en que Hernán Perez del Pulgar recibe el premio de su heroísmo y en que la Reina Católica gana con su dulzura y prudencia el corazón del príncipe moro Cid-Hiaya que se convierte en su aliado, y abierta su mirada á la luz evangélica recibe las aguas purificadoras del Bautismo, facilitando la rendición de Guadix y Almería; hed ahí los granos que la actividad, valor y política de Fernando V de Aragón y la elevada, prudente y sapientísima iniciativa de Isabel I de Castilla, alma verdadera de esta guerra santa habían arrancado á la Granada que guardaba en su corazón el palacio de los Alhamares, último recinto desde donde el Corán parecía desafiar aun audaz al Evangelio. Un paso más y la titánica lucha de ocho siglos hallará digna y merecida coronación.

El 26 de Abril de 1491, los Católicos Reyes Isabel y Fernando, seguidos de un ejército de cincuenta mil

combatientes acampaban en la vega á dos leguas de la Corte granadina, con entusiasmo y arrojo tan decidido, que habiendo devorado casual incendio los ondulantes pabellones del campamento, bastaron ochenta días para construir la sólida y bien cimentada Ciudad de Santa Fe, cuyo solo nombre revela el principio sublime que impulsaba á reyes y guerreros al intimar á Boabdil la rendición y entrega de la sultana de Occidente, la renombrada, rica y poderosa Granada. Tenaz fué la resistencia, pero más duro y constante el empuje de los sitiadores, hasta obligar al Monarca Aldallad, el Rey-Chico, á firmar las Capitulaciones en que prometía solemnemente entregar las llaves de la Ciudad.

Hoy hace 400 años, al descomponer el sol sus rayos formando mil cambiantes entre las nieves que coronan la cercana sierra, y recoger las brisas matinales los inmensos aromas que los cármenes y pensiles de Genil y Dauro habían esparcido durante la noche para embalsamar la Ciudad con su delicada esencia, el gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, asistido de Prelados, Caballeros é Hidalgos, avanzaba por la cuesta de los Mártires, mientras Boabdil, saliendo por la puerta de los siete suelos con cincuenta nobles moros, presentábase al gran Sacerdote cristiano y le decía: *Id, Señor, id en buen hora y ocupar esos mis Alcázares en nombre de los poderosos Reyes á quienes Dios que todo lo puede ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes;* y llegado á la orilla del Genil á la presencia del Monarca D. Fernando: *“Estas, dijo, son Señor las llaves de este paraíso; esta Ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiso Alah;”* poco despues el Cardenal elevaba la Cruz de plata sobre la torre de la Vela, y á su vez el Conde de Tendilla tremolaba el estandarte castellano, y junto á él, el pendón de Santiago; y allá en la vega, como azu-

cena cándida que abre su puro cáliz para exhalar su fragancia, la inmortal, la piadosa Isabel postrada de hinojos á la cabeza de su victorioso ejército, fija la mirada en el cielo como quien le ofrece los dones de él recibidos; y los hurras y los vivas llenando la inmensidad del espacio, y los sacerdotes entonando eucarísticos himnos al Dios de las victorias y los ángeles mezclando las armonías de sus divinas cítaras con los acordes arrancados por la Fe á todos los pechos cristianos, repitiendo al unísono, Levántate, levántate, revístete de tu fortaleza Sión, etc.

Los augustos Monarcas Fernando é Isabel acaban de sellar con su anillo la última página de esa epopeya de ocho siglos, que comienza en la gruta de Covadonga y se cierra en el palacio de filigrana y encaje de la Alhambra granadina; España constituida su unidad religiosa y social ó política, siente agitarse en su corazón y dilatarse por toda su economía esa fuerza misteriosa, enérgica con la que obedeciendo los destinos providenciales que la están señalados en la marcha progresiva del mundo, haga de esta tierra clásica de la Fe católica, vergel cerrado que no pisará jamás la inmundada planta del incircunciso y el agareno, y faro luminoso que alumbre con nuevas heroicas empresas el campo inmenso de la civilización y progreso humano.

Señores: Apenas puedo señalaros algunas de las elevadas cumbres de ese glorioso camino seguido por España en el período de la edad moderna; el tiempo me fuerza á dar ya término á este pobre discurso, con que tanto he abusado de vuestra indulgencia. La conquista de Granada, como dice el ilustrado Lafuente, no simboliza solo el triunfo de un pueblo que recobra su independencia lavando una afrenta de centenares de años, no; es el triunfo de una idea civilizadora que ha venido atravesando el espacio de muchos siglos, pugnando por vencer el mentido fulgor de otra idea

que aspiraba á dominar el mundo. La Cruz de roble cobijada en Covadonga, es la Cruz de plata que brilló hoy hace 400 años en la torre de la Alhambra; la materia era diferente, la significación la misma; era el emblema del Cristianismo que hace á los hombres *libres*, triunfante del Mahometismo que les hacía *esclavos*.

Hacia medio siglo que otros mahometanos, apoderándose de la capital y del imperio Bizantino, habían llenado de terror á la Europa; allí se levantaba el imperio Otomano, y aquí desaparecía el imperio de Ben-Alhamar; el Cristianismo de Occidente acudía á consolar al Cristianismo de Oriente; y si para mengua de la decantada civilización moderna aun hoy subsiste en el centro de poderosos Imperios cristianos ese cuerpo social lleno de la pútrida gangrena de sus vicios y degradaciones, es porque á la Fe Católica y al amor patrio que guiaban los estandartes de Isabel I y Fernando V se han sustituido las ambiciones y torpes conveniencias de la moderna diplomacia.

La preclara Reina que fué madre solícita del pobre, tutora cariñosa del huérfano, ángel custodio del soldado y del miserable que salía del cautiverio; la que compartió las fatigas con el tostado guerrero, alentó su espíritu y mantuvo la disciplina de sus ejércitos; la que administraba la justicia con maternal dulzura y réctitud severa; la que supo inspirar á su esposo tal afecto y respeto que hizo posible el gobierno de dos Monarquías con un solo cetro y la coexistencia de dos cetros en una misma Monarquía, no podía menos de recibir premio del cielo; que Dios siempre protegió á los defensores de su Fe. Sí, Dios hizo que el genio buscarse al genio, y que al cruzarse la mirada penetrante, pero humilde, deprecatoria del inmortal Colón, con la luz que brotaba de los pudorosos ojos de Isabel I de Castilla, compenetrasen sus rayos, proyectando claridad tan viva que alumbró los espacios y los mares

ofreciendo á sus corazones creyentes un mundo nuevo salido de las olas del Océano, donde implantar el signo grandioso de la Redención.

Y las joyas y ricas alhajas de esa mujer sublime entregadas generosamente, dieron al audaz y valeroso genovés, las pequeñas Caravelas que iban á realizar la empresa más gigantesca de los siglos. Siete meses despues de rendida Granada, el 3 de Agosto, hace cuatro siglos, Colón penetraba en la Iglesia del Monasterio de Santa María de la Rábida, acompañado de los esforzados Pinzones y seguido de la gente de mar, para beber la inspiración en los divinos ojos de la Madre de Dios, y recibir el pan de los ángeles que da la fortaleza del alma; y desplegando poco después el estandarte de Castilla sobre el puente de la Santa María y escribiendo en su libro de Memorias *In nomine Domini Nostri Jesuchristi*, dió la voz de avante, partiendo rápido llena el alma de Fe y el corazón abrasado en deseos de dilatar el reinado social del Hijo de Dios. Dejó atrás el volcán de Tenerife que parecía el ángel exterminador colocado á la entrada de aquellos ignotos Océanos, atravesó la mar tenebrosa, y tras luchas horribles con los elementos, tras ansiedades y angustias nacidas de la incertidumbre que asediaba á sus soldados y marinos, el 14 de Octubre, al despuntar el alba, el grito de *tierra*, fué la mágica corriente que llevó el entusiasmo de una en otra nave á todas las tripulaciones que instantes después contemplaban absortas la virgen América con su vegetación exuberante y riquezas fabulosas, mientras Colón, revestido con las insignias de Almirante, llevando en la una mano su espada y en la otra el Real estandarte de Castilla, pisaba por vez primera aquella tierra, y postrado de rodillas, arrasados los ojos en lágrimas exclamaba: "Eterno Dios y Todopoderoso; Dios, que por la energía de tu palabra creadora has hecho el firmamento, el mar y la tierra; ben-

dito sea tu nombre, y por todos glorificado: que tu majestad y soberanía universal sea exaltada de siglo en siglo, pues has permitido que por el más humilde de tus esclavos tu nombre sagrado sea conocido y propagado en esta mitad del mundo hasta hoy oculta de tu imperio“.

Ese era, Señores, el primer brillante que la Fe engastaba por manos de Colón en la diadema de los Reyes Católicos, realizando la unidad de todos los hombres y ofreciendo á todos la luz civilizadora de la verdad católica. Más tarde la política sagaz de Fernando y el invencible brazo de Gonzalo de Córdoba daban á España un gran reino de la Europa oriental, refundiendo además en su cetro el de Navarra; y el Cardenal Jiménez de Cisneros destruyendo las fortificaciones de Orán y posesionándose del África llevaba el señorío español á las dos opuestas riberas del Mediterráneo, llegando un día en que el sol no cesaba de lucir un instante en los dominios españoles.

Corren las edades, y cuando el fuego devorador del Protestantismo abrasa y destruye una gran parte de Europa, España acaudillada por el fuerte cetro de Felipe II opone en su fe, muro de bronce que detiene la avalancha destructora del libre examen; da vida en su seno al gran Ignacio de Loyola, padre y fundador de esa pléyade de sabios y de santos que en el período de la edad moderna baten en brecha y en todos los campos del saber humano á los enemigos de la verdad sobrenatural; suscita en el comienzo de nuestro siglo á Daoiz y Velarde para dar el grito de guerra que repercute en Bailén, Zaragoza, Gerona, Chiclana, Albuera y Arapiles, eclipsando las glorias y abatiendo el poder del soldado del siglo, conquistador de las pirámides de Egipto, que sucumbe ante la grandeza del indomable pueblo español siempre católico y siempre amante de su libertad é independencia; aun en las horas aciagas en que la agitación de las pasio-

nes, el choque de las ideas, y el oleaje impetuoso de los errores hacen vacilar los fundamentos sobre que se apoya el orden moral y social, España sabe siempre ofrecer páginas de amor patrio y profunda fe católica, como la que escribieron nobilísimos caudillos y soldados en la gloriosa guerra de África; como la que entregó la defensa de nuestro honor nacional comprometido en las Carolinas, en las manos sapientísimas y paternales del supremo Pontífice Romano, acreditando así, ser la Religión que impulsó y realizó la obra de la reconquista, fuerza invencible que deteniendo el aluvión de los errores modernos, da á nuestra patria el alto puesto entre las naciones civilizadas de defensora incansable y firmísima que mantiene y mantendrá siempre inhiesta la bandera de la Fe, como seguro elemento de toda grandeza social, *Consurge, etc.*

Voy á concluir. Largo camino hemos recorrido, y abarcando con una sola mirada sus puntos más culminantes, vemos el hecho glorioso que hoy conmemoramos como la consecuencia lógica de esa Fe y amor patrio que mece la cuna de nuestra nacionalidad, desarrolla su acción y vida en las grandes épocas romana y visigoda; se purifica y fortalece durante la dominación árabe, se corona triunfante en Granada, y es la base de los engrandecimientos con que España llena en la edad moderna su misión providencial histórica.

¿Por qué, Sres., los hombres de la edad contemporánea pretenden construir el edificio social sin asentar su fundamento en Dios? ¿Por qué el amor patrio languidece y apenas descubrimos hoy alguno de esos grandes caracteres en que fué tan fecunda nuestra Nación y que hicieron respetar nuestro nombre á todas las sociedades? ¡Ah! Denso positivismo se ha apoderado del corazón haciéndole frío, calculador y egoísta. Las ideas filosóficas de las escuelas materia-

listas van pasando del libro á las costumbres, y poco á poco la Fe divina va quedando sepultada entre las ruinas que forman al caer los grandes principios de autoridad y órden social tan profundamente combatidos por los adoradores del Dios materia.

Desde que se ha dicho á la juventud ávida de novedades, que el hombre no es otra cosa que una roca transformada por ley fatal en organismo viviente; que la inteligencia es una secreción de la masa encefálica, como la fruta lo es de la sávia que nutre al árbol, y que de transformación en transformación la roca llegará á ser hombre y ángel y Dios; desde que el placer grosero es la ley suprema social y el individuo no tiene otro fin que la vida presente, es una necesidad fatal, horrible, pero que se impone, ese socialismo y comunismo aterrador y despiadado que lleva en una mano el puñal y en la otra la tea incendiaria para sembrar el caos y aniquilar la sociedad.

¡Ah Sres! Vosotros los que guardais en vuestras almas como preciosa margarita la Fe heredada de nuestros padres; los que os gozais en celebrar este magnífico triunfo de la Religión y el amor patrio, decid á esa generación incrédula, hija espúrea de la España, que hay una fuerza que lleva con mayor gravitación, que la que arrastra á la piedra al centro de gravedad, los corazones á Dios, que es la Caridad bendita; que hay una luz que irradia resplandores más puros que las ondulaciones del éter impalpable, la luz de la verdad sobrenatural que alumbrá los espacios de lo infinito; que hay una acción más fecunda que la que viste la planta de flores y frutos, la acción del espíritu movido de la gracia que florece en buenas obras y fructifica en amores santos, que nos unen al Dios creador.

Grabad esas ideas en vuestra mente; escribidlas en el hogar de la familia; informad en ellas las leyes y la vida social, para que España pueda escuchar con la



armonía de los astros, con las bellezas de la naturaleza y con los ecos de los cielos un himno eterno que repita *Consurge, Consurge, etc.* Levántate, ¡España! para ser la nación escogida de Dios, la hija predilecta de la Iglesia, la columna indestructible sobre la cual escriban con letras de oro la Fe y el amor patrio.

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

AMEN.

